



qué censurar mas: si á los que desleales á la patria por error ó especulacion , fueron fieles á lo ménos á quien juraran obediencia ó á los que, desleales tambien á la patria, vuelven á ella abandonando al usurpador cuando le ven maltratado y fugitivo.

Napoleon quedó aterrado con la noticia de estos acontecimientos, no por el quebranto material, que podia muy bien reparar quien, como él, disponia de millon y medio de soldados y de estados que contenian veinte veces mas poblacion que España, sino porque su bandera, aquella altiva águila que habia corrido la Europa entera de triunfo en triunfo, habia sido por la vez primera humillada. Los invencibles, terror de las naciones, habian sido vencidos, y, lo que debió ser para él mas dolo-

roso, por una tropa de reclutas. Sabia que la virginidad de la gloria militar tiene tambien para el hombre un prestigio mágico, y que el golpe que la destruyese es una herida mortal para el dichoso á quien eligiera.

La Inglaterra sonrió de júbilo viendo realizada la profética prediccion de Pitt, y todas las naciones subyugadas levantaron su cabeza y volvieron los ojos hácia el oscuro y olvidado rincon del continente donde acababa de ser herido el gigante de la revolucion.

No habian salido de su sorpresa cuando les ofreció España para ejemplo uno de los hechos que más han asombrado al mundo en los tiempos modernos: la defensa de la inmortal Zaragoza.

CAPÍTULO XVII

Primer sitio de Zaragoza: sale Palafox de Zaragoza en busca de refuerzos, y el pueblo por si solo emprende la resistencia: rechaza tres embestidas: eligese á Calvo de Rozas caudillo en ausencia de Palafox: accion que éste sostiene en Epila: juramento de los zaragozanos: añagaza de un polaco contra Calvo: entrevista con los generales franceses, refuerzos que reciben los sitiadores con Verdier: incéndiase un almacén de pólvora dentro de la poblacion: segunda acometida de los franceses: ataques del 1 al 2 de Julio: heroismo de Agustina Zaragoza: segundo bombardeo y ataques del 3 y 4 de Agosto: resolucion magnánima de los zaragozanos: retiranse los franceses perseguidos: juicio de un general francés sobre el sitio.

Para hallar un ejemplo del heroismo de los zaragozanos en los dos sitios de 1808 y 9, es preciso retroceder hasta los tiempos en que se confunden los límites de la historia con los de la fábula. Lo que fué Sagunto contra los cartagineses y Numancia contra los romanos, eso fué contra los franceses Zaragoza: un muro de bronce para los profanadores de nuestra independencia. Sucumbieron las tres; pero, más ó ménos tarde, las tres al fin vencieron, que nunca se derrama en vano la sangre por la justicia, ni han brillado jamás en el mundo para apagarse eternamente esos hechos de sublime abnegacion, que como luminosas antorchas alumbran á la humanidad.

Está Zaragoza en el fondo y hácia el centro de la gran region hidrográfica que constituyen de un lado los Pirineos y del otro la única grande cordillera que corta transversalmente la Península, desde Reinosa hasta el cabo de Gata en el Mediterráneo, cuyas vertientes forman el caudaloso Ebro. La extensa llanura en que se

ve asentada termina al Norte en las nevadas cumbres de las montañas de Jaca y al Oeste en los lejanos montes de Castilla; pero por el Norte y por el Sud tiene más cerca dos bajas cordilleras ó colinas, que corren paralelamente al Ebro, en una de las cuales está el renombrado Monte Torrero. La vega que ellas forman, fertilizada por las aguas de dicho rio, el Jalon, el Gállego, el Huerva y el canal imperial, así llamado por haberse emprendido en tiempo de Carlos V de Alemania, está cubierta de una frondosa vegetacion, que sólo permite ver al viajero hasta llegar al pié de la ciudad, sobre la cima de los corpulentos álamos que la rodean, las atrevidas agujas y las grandiosas cúpulas de sus templos. Conserva la forma elíptica que le dieron los romanos, aunque más dilatada, y baña uno de sus lados, por la margen derecha, el Ebro, sobre el cual tiene un hermoso puente de piedra, que da comunicacion á un arrabal, mientras desguarnecido el otro, sólo en parte lo raza la pobre corriente



del tortuoso Huerva, que desagua á pocos pasos de su extremo oriental. No está fortificada, pues la ciñe únicamente una débil muralla de tres piés de espesor y de diez á doce de alto, que interrumpen con frecuencia las fachadas de las casas y los templos exteriores, y las ocho puertas que le dan ingreso. Frente á la más occidental, la del Portillo, y á unas doscientas cincuenta varas, se levanta como un centinela avanzado la Aljafería, edificio de los moros que sirvió de morada á los reyes de Aragon, y fué convertida en fortaleza por Felipe V, cercándola de un ancho foso y muralla: es un cuadrilátero irregular de ciento treinta á ciento cuarenta varas en cada frente, con baluartes en sus ángulos. Las calles son angostas y tortuosas, á excepcion de la célebre del Coso, y de sus plazas sólo merecen ser mencionadas por su extension la del Mercado y la del Pilar, ambas de forma cuadrilonga. Así las calles y plazas, como las casas, en general de tres pisos, demuestran en su trazo y variado aspecto las distintas épocas de la existencia de aquella antigua ciudad, que recuerda en su nombre el magnífico reinado de su reedificador César Augusto. Los templos son de todos los edificios que encierra los que más excitan la admiracion por su belleza y suntuosidad, sobre todo las dos catedrales en que alterna por años en el servicio su cabildo, la antiquísima de la Seo, de arquitectura gótica, y la espaciosa de Nuestra Señora del Pilar, imágen á que tributan una veneracion idólatra, no solamente los moradores de la ciudad, si que tambien los naturales de todo el reino de Aragon. La poblacion de Zaragoza se elevaba á más de cincuenta y cinco mil almas; pero ha venido tan á ménos despues de los sitios, que hoy, al cabo de cerca de medio siglo, sólo cuenta unas treinta mil.

La magnanimidad de este pueblo no se explica tan satisfactoriamente por sus circunstancias topográficas como por su historia. «Era en efecto allí un derecho público, confirmado por el privilegio general que Pedro III otorgó á fines del siglo XIII, el que se convocasen cortes generales todos los años, y siempre que el reino lo considerase necesario.» Desde las

que erigieron el reino en la cueva de San Juan de la Peña, compusieron siempre de tres brazos, el de los ricos-hombres, el de los caballeros y el estado llano, siendo de notar que éste figuró en ellas quizá desde su origen, y el clero no tuvo representacion hasta el siglo XIV. Las libertades habian sido tan afianzadas contra todo abuso como puede deducirse de este breve resumen de uno de sus hijos que confirmará al lector en la opinion de que la libertad es antigua y el despotismo moderno. Los reyes no podian declarar la guerra, promulgar leyes, imponer contribuciones ni hacer cosa alguna de interés público sin el consejo y anuencia de sus súbditos. Cuando las Córtes no estaban reunidas, representábalas la diputacion permanente del reino, compuesta desde dos hasta ocho diputados de cada brazo, segun las circunstancias, la cual residia en Zaragoza y tenia á su cargo velar por la gloria y prosperidad del reino y la observancia de sus libertades. Ningun aragonés podia ser preso dando fianza, ni puesto en tormento por ningun delito, ni hacerse pesquisas contra él por razon de ninguna especie, ni ser despojado de sus bienes ó de sus derechos políticos ó civiles sino en virtud de sentencia pronunciada en debida forma por el tribunal competente. Si el poder abusaba de su fuerza y ultrajaba cualquiera de las garantías que el fuero otorgaba á los ciudadanos, tenian éstos el derecho de *manifestacion* en virtud del cual recurrían al justicia, quien los ponía bajo su proteccion y, llegado el caso, con arreglo á las leyes, declaraba lo que segun ellas procedia, deshaciéndose así todos los agravios, opresiones y violencias de cualquier especie que pudieran tener lugar. Cuando esos agravios ó desafueros no se habian verificado, pero que habia temor de que se verificasen, estaba concedida á los aragoneses el derecho llamado *de firma*, por el cual con sólo presentar al justicia mayor un simple escrito de estar á derecho, tenian bastante para no ser turbados en la posesion de sus bienes ó en el ejercicio de su libertad civil, á no ser en virtud de juicio. El que por hallarse en la cárcel carecia de medio para elevar sus quejas por sí, no por eso tenia cerradas las puertas de la re-



paracion, pues con tal que un amigo, un pariente suyo ó cualquiera otra persona, áun cuando fuese el último mendigo, se presentase al justicia mayor en nombre del que sufría la violencia, bastaba para que aquel magistrado reparase el agravio, sacando al preso de la cárcel comun y conduciéndole á la suya ó del fuero, donde se enmendaba el desman.

Vece hubo en que el carcelero y los agentes del rey se negaron tenazmente á entregar un preso que el justicia mayor reclamaba á título de manifestacion: el magistrado popular fué entonces á la cárcel del rey, y rompiendo las puertas con una hacha, sacó de ella al vejado injustamente... Tanta autoridad acumulada en un solo hombre, podia ser ocasionada al abuso; pero los aragoneses lo habian previsto todo, estableciendo un tribunal supremo, llamado de «los quince», compuesto de jueces sorteados de los cuatro brazos, el cual juzgaba sin apelacion las injusticias ó agravios que en cualquier sentido pudiera aquél cometer, siendo decisivo su fallo en las diferencias que entre el rey y el justicia por algun motivo se suscitaban... Entre los fueros de los aragoneses era uno el famoso de la union, segun el cual tenian derecho á tomar las armas contra los reyes «cuando su autoridad degeneraba en tiránica;» y aunque lo abolieron en el siglo XIV á causa de las turbulencias á que daba lugar, fué reforzando la autoridad del justicia mayor con medios suficientes á reprimir cualquiera arbitrariedad. «Nos, que somos tanto como vos, decia al rey en el acto de su coronacion, os hacemos rey á condicion de que nos hayades de guardar nuestros fueros y libertades, y si no, no....» Con tal ahinco los justicias se dedicaban á velar en su defensa por ser la libertad para ellos una cosa santa, y un acto tan meritorio como el martirio el sacrificar su vida por sostenerla. Juan Jimenez de Cerdan, hijo sucesor en el cargo de Domingo, viéndose amenazado de muerte en asechanza por el rey don Juan el I, arrojó, sin embargo, el peligro, anteponiendo el cumplimiento de sus deberes á la conservacion de su vida «persuadido, decia él, que, si por defender la libertad del reino moria, iria derecho al paraíso á gozar de Dios con sus san-

tos.» Felipe II pudo, en fuerza de su poder, decapitar á Juan de Lanuza, y más tarde Felipe V, á favor de la victoria, destruir las sabias instituciones de Aragon; pero no pudo destruir lo mismo el noble, activo y valeroso carácter que en el discurso de siete siglos habian formado.

Este carácter es el que vamos á ver luchar con singular denuedo y con tenaz porfia contra todo el poder militar del genio de la Francia.

A pesar de los desgraciados encuentros de Tudela, Mallen y Alagon, Palafox, recogido en Zaragoza (14 de Julio) rechazó las proposiciones que Lefebvre le hizo, y salió al dia siguiente con alguna gente, poco seguro de la resistencia de la ciudad por los escasos medios con que contaba, á procurarlos mayores en los pueblos de la comarca. Azoradas las autoridades, reuniéronse en junta por segunda vez para tratar del partido que convenia adoptar, é iba ya á comenzar la discusion, cuando algunos paisanos en peloton, penetrando de repente en el salon armados de trabucos, hicieron salir á todos diciéndoles que no era ocasion de hablar sino de obrar, y que iban á ocupar los balcones para hacer fuego al enemigo. Tal era en efecto la resolucion que por sí solo, sin direccion ni concierto, habia tomado el pueblo.

Algunos patriotas que salieron á disputar ó retrasar el paso de la avanzada que envió Lefebvre á tomar posesion de la ciudad, fueron obligados muy pronto á recogerse á la ciudad en dispersion, llegando algunos ginetes franceses á penetrar tras ellos. Nunca tan osados hubieran sido; los hombres, las mujeres, los muchachos, á tiros y á pedradas salieron contra ellos y los destrozaron á casi todos junto á la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, cerca de la puerta de este nombre.

Desde aquel momento quedó abierto el combate, revuelta la muchedumbre, si bien guiada por el instinto de salvacion, cruzó tabloneros y toda clase de obstáculos en las puertas, y arastró á brazo á la del Carmen, como punto céntrico, tres cañones que estaban en la plaza del Mercado.

No tenian un solo oficial de artillería que los manejase hábilmente y no pasaban de tres-



cientos los soldados de diversos cuerpos que habian quedado en la ciudad; pero hervia de entusiasmo, y todos los edificios que daban frente al sitio de la embestida se vieron coronados de gente al tocar las campanas á rebato. Era el medio día del 15.

Avanzaron los franceses por el lado descubierto del ángulo que forman en su confluencia el Ebro y el Huerva, en tres columnas: la de la izquierda contra la puerta del Portillo, la del centro contra la inmediata del Cármen, y la de la derecha contra la de Santa Engracia por el puente que hay sobre el segundo de dichos rios. Torpemente dirigieron su mayor esfuerzo á la primera, porque el castillo de la Aljafería, como quiera que fuese, bastaba para molestarlos de flanco. Rechazados de allí, lo fueron tambien de la puerta del Cármen, aunque hicieron uso contra ella de la artillería, y sólo la columna de la derecha logró ocupar la de Santa Engracia, por donde penetró un trozo de caballería á escape para ir á apoderarse del cuartel de esta arma inmediato á la del Portillo. Perecieron todos como los primeros que habian osado profanar con su planta el recinto de la ciudad.

La segunda acometida fué igualmente infructuosa; y la tercera, reforzadas las columnas con tropas de refresco, y atacando todas á la vez, acabó de desconcertar á Lefebvre, que, lleno de asombro y bramando de coraje, contemplaba el arrojo y la serenidad de los defensores. No satisfechos con batirse dentro de los muros salian á pelear con el enemigo, y cuando las columnas avanzaban sobre alguna de las puertas, tenian calma suficiente para dejarlas acercar hasta que pudiese ser más aprovechada la metralla. Las tres veces penetraron los franceses en el cuartel de junto á la puerta del Portillo, y las tres fueron desalojados por los paisanos, empeñando sangrientos combates personales dentro de las cuadras, en los corredores y los patios. Faltaron municiones á poco de haberse empezado el fuego, y en breve aparecieron reducidos á menudos fragmentos mil objetos de uso doméstico; faltaron tacos, y á porfía se arrancaron pedazos del vestido las mujeres, alentaban á los defensores, y hubo muchas que discurrían por los puestos más

avanzados distribuyendo municiones y bebidas. La noche interrumpió el combate; Lefebvre retiró sus tropas á media legua de la ciudad, y esta cantó loca de alegría su triunfo: quinientos cadáveres tendidos en el campo, seis cañones, otras tantas banderas cogidas al invasor, la llenaban de orgullo y la fortalecían en su propósito de defenderse hasta en medio de sus propias ruinas.

Lo más extraño de esta que se llamó «batalla de las Eras,» por haber sido lo más recio de la pelea en un campo del centro del ataque, fué que nadie la dirigió: todos mandaban y todos obedecían según la ocasión y el ascendiente de cada cual; el peligro hacia brotar el remedio de los labios de cualquiera, y era sobre la marcha adoptado: nunca se vió mayor concierto en medio del desorden. Conocióse, sin embargo, la necesidad de un caudillo por sí, como era de esperar, volvía el enemigo con más fuerzas, é ignorando la situación de Palafox, aquella misma tarde, apenas terminado el combate, los diputados y alcaldes de barrio, á nombre del vecindario, se presentaron con la demanda á Calvo de Rozas, nombrado corregidor é intendente. Bajo un exterior tranquilo y casi frío, encerraba el pecho de este patriota el ardor y la serenidad que las circunstancias y el cometido requerían. Aceptólo, y antes de media noche Zaragoza ofrecía el aspecto de un vasto taller militar y de un campamento; unos hacían sacos de tierra, otros construían con ellos baterías en las cuatro puertas del frente atacado, éstos abrían zanjas, aquéllos componían armas, los ancianos patrullaban por las calles, las mujeres cosían sacos, los religiosos fabricaban cartuchos. Faltando un ingeniero que trazase científicamente un plan de fortificación y dirigiese las obras, sacó de la cárcel á D. Antonio San Genis, preso injustamente por las sospechas que despertara viéndole reconocer los muros y las puertas de la ciudad.

No estaba Lefebvre en ánimo de probar nuevamente la fortuna mientras no recibiese refuerzos, y si el 17 intimó segunda vez la rendición, fué más con el deseo de entablar negociaciones que con el de tomar satisfacción, caso de ser, como fueron, sus proposiciones despre-



ciadas. Lo único que entretanto hizo fué adelantarse á sorprender á Palafox, que, unido al baron de Versages, marchaba contra él con un cuerpo de seis mil hombres, cien caballos y cuatro piezas de artillería. Queriendo antes el jefe español conocer el espíritu de su gente, convocó el 23 en la Almunia un consejo de oficiales para proponerles un ataque al enemigo en campo raso, á fin de aliviar á Zaragoza, cuya resistencia excedía sus cálculos. Aunque los más lo desaprobaban, el joven caudillo insistió en su decisión, ofreció pasaportes á los tímidos ó recelosos, y recorrió las filas anunciándoles su propósito y exclamando lleno de ardor: «Sígame el que me ame.» Respondieron todos entusiasmados á su patriótica apelación, y á la mañana siguiente emprendió la marcha á Muela, pueblo tres leguas distante de Zaragoza. Lefebvre, que penetró sus intenciones, le salió al encuentro en Epila al anochecer, y lo derrotó á pesar del denuedo con que, en medio de la sorpresa y de las sombras de la noche, se batió su gente, en particular el nuevo regimiento de Fernando VII y la artillería mandada por el inteligente oficial Lopez, los cuales se mantuvieron firmes hasta por la mañana, que emprendieron la retirada á Calatayud. La pérdida de mil quinientos hombres entre muertos y heridos, que halló Palafox en este punto, le convenció de que era temerario é insensato aventurar por entonces acciones campales, y resolvió meterse dentro de Zaragoza, donde su ayuda sería más útil dirigiendo la defensa. Dejó al baron de Versages en Calatayud con un depósito, dividió su gente en dos trozos mandando con uno á su hermano Francisco á fin de burlar la vigilancia de los sitiadores, y con el otro penetró el 1.º de Julio dentro del recinto que su hermano debía hacer sagrado.

Su hermano el marqués de Lazan, enviado antes como gobernador de la plaza á instancia de Calvo de Rozas, había celebrado el día 25 una junta numerosa de autoridades y vecinos notables para acordar lo que debería hacerse, si, como todos los indicios lo anunciaban, el enemigo bombardeaba la población. Conviniéron unánimes en llevar la resistencia hasta el último trance, y para hacerla general y dar so-

lemnidad á esta resolución, dispusieron al día siguiente un juramento cívico en la plaza del Cármen. Reunidos allí la junta, el gobernador del arzobispado, el cura párroco de la Seo y otras autoridades llevando la bandera de la virgen del Pilar, formadas las tropas y el paisanaje, una voz robusta preguntó leyendo: «¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragón, el defender vuestra santa religion, á vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes y esta bandera protegida por la santísima Virgen del Pilar, nuestra patrona?—Sí, juramos,» respondió un inmenso grito, repetido en toda la población.

Fué para Lefebvre este acto, tan sencillo como grave, una contestación definitiva á los tratados que de un modo harto villano acababa de entablar. Fingiéndose un comandante polaco deseoso de pasarse con algunos de sus compatriotas, había pedido una conferencia á Calvo de Rozas, quien no tuvo inconveniente en concurrir á ella fuera de la puerta del Portillo, acompañado de un edecán y algunos otros. Algo alejados inconsideradamente, se vieron de improviso rodeados por un número crecido de franceses que los condujeron á un olivar hondo cercano, donde, arrojando su máscara el falso negociador, declaró á Calvo que su objeto no era sino exigirle la rendición como jefe supremo que era en ausencia de Palafox, so pena de pagar con la vida su temeraria resistencia, quedando desde luego prisionero. Lejos Calvo de sobrecogerse con tal alevosía, habló al traidor con entereza fingiendo que la gente del caudillo les acechaba con los cañones prevenidos, con lo cual le obligó á cambiar de tono repentinamente; reduciendo sus exigencias á proponerle una entrevista con Lefebvre el nuevo general en jefe Verdier, que acababa de llegar con refuerzos.

Túvose en el camino que sale de la puerta del Portillo, y hablaron en ella con arrogancia los franceses, pidiendo la entrada en la ciudad con promesa de respetar vidas, haciendas y empleos, ó que de lo contrario la incendiarían, y pasarían á cuchillo sin distinción de sexo ni edad á sus moradores. Arterias y amenazas inú-



tiles que rechazaron Calvo primero y Lazan despues con dignidad y energía.

Acudió entonces á las armas Verdier, á quien por mayor antigüedad correspondió el mando en jefe, lleno de confianza en los refuerzos que habia traído de Bayona y Pamplona, los cuales consistian en un cuerpo francés de tres mil hombres, otro portugués de ochocientos, treinta cañones de grueso calibre, doce obuses y cuatro morteros.

El primer ímpetu de esta segunda acometida (día 27) se dirigió contra los puestos exteriores, que estuvieron á punto de caer en poder de los invasores á favor de un fatal accidente. Habiéndose notado que ponian marcado empeño en apoderarse del Monte Torrero, donde estaba el almacén de la pólvora, se apresuraron los defensores á trasladar ésta al interior; operación peligrosa en manos inespertas, que dió lugar á un gran desastre. Serian las tres de la tarde cuando se oyó una inmensa detonación que hizo estremecer la ciudad entera, y á la cual siguió una densa lluvia de polvo, piedras, vigas y proyectiles. Aterrados los habitantes huyeron al principio despavoridos hasta que corrió la voz de lo sucedido, que era el haberse volado por descuido el Seminario conciliar, edificio escogido por su solidez para almacén, produciendo con la explosión la ruina de catorce casas contiguas y la quebradura de muchas otras. Si dolorosa era por sí esta desgracia, debía serlo mucho más en aquellas circunstancias por la escasez que habia de combustible. Tuvo el enemigo la inhumanidad de dirigir entonces un nuevo ataque, aprovechando el desorden y la consternación que se apoderó de la ciudad; pero Lazan, que lo sospechó, habia hecho volver á sus puestos á los que ya los abandonaron, y el enemigo halló al acercarse el estrago y la muerte.

Al día siguiente sucedió al fin lo que los zaragozanos habian temido al trasladar la pólvora, la ocupación de Monte Torrero. Custodiábalo el coronel Falcó con doscientos paisanos, algunos soldados de Extremadura, tres cañones en el alto de Buenavista y dos en el puente de América: cortos recursos, como en el segundo sitio se conoció, para rechazar la acometida de

tres columnas apoyadas por la caballería. Resistióse Falcó por espacio de cuatro horas hasta que temió ser cortado, y se retiró á la ciudad con los cañones. En ocasión en que se exigía á todos, no el valor común, sino un heroísmo desesperado, se levantó contra él un rumor de traición, que principió por encerrarle en una prisión y acabó por fusilarle el 22 de Agosto en medio de los cánticos de victoria. Injusticia lamentable en que personales enemistades tuvieron quizá más parte que las exageradas preocupaciones del celo patriótico. A la ocupación de Torrero siguió romperse desde allí á las doce de la noche del día 30 un horroroso bombardeo, auxiliado por otras dos baterías levantadas en los sitios de la Bernardona y el Conejar. No por eso quebró el espíritu de los sitiados, antes fué ocasión de que desplegasen mayor heroísmo en la defensa y una rara abnegación; pues, viendo que las casas, huertas y dehesas de alrededor del recinto eran un obstáculo para herir al enemigo, se determinó su devastación, y no sólo no se oyó una reclamación ni una queja, sino que fueron muchos los que con sus propios brazos ayudaron á destruir su hacienda, fruto de largos años de sudores y economía.

Horribles fueron los dos días que sucedieron á aquella lúgubre noche en que al estrago consiguiente de las bombas se mezclaban los clamores de las mujeres y los niños. Calculando sobre el terror que el bombardeo causa en un pueblo sin experiencia de la guerra, dispuso el sitiador un ataque general á las nueve de la mañana del 1.º de Julio. La Aljafería, la puerta de Sancho, la del Portillo, la del Carmen y la de Santa Engracia fueron su objeto; pero donde más arreció el fuego fué sobre los tres primeros puntos, contra los cuales disparaba la batería de la Bernardona con una prodigiosa actividad. A las diez casi nada existía ya en el Portillo, el baluarte de sacos de tierra estaba destruido; los cañones no podían ser servidos por falta de artilleros; el suelo se veía cubierto de cadáveres y de heridos. Acudió Renovaes con gente de la puerta de Sancho; pero desapareció con igual rapidez, y se hizo preciso que los dragones, cogiéndola de otras baterías, la llevasen á la grupa al escape. Afortunadamente



te entraron en aquellos críticos momentos en Zaragoza dos oficiales de artillería que, ansiosos de gloria, volaron allí desde Barcelona. Puestos al frente de las dos baterías de mayor peligro, la del Portillo y la del Carmen, sus fuegos fueron más certeros y los quebrantos causados por el enemigo mucho menores. Hasta entonces las habian servido simples paisanos y soldados. La noche llegó piadosa á cortar tan horrible combate siguiendo sólo el bombardeo mientras faltó la luz.

Cuando ésta volvió rompieron otra vez los sitiadores el fuego contra el castillo de la Aljafería y las puertas inmediatas de Sancho y del Portillo, y una hora despues dieron la primera embestida. Contra el primer punto, abierta brecha, marchó al asalto con tanta bizarría como desgracia una columna que se vió forzada á retroceder deshecha. El ataque contra el segundo punto sólo tenia por objeto encubrir el de la puerta del Portillo, que fué el más furioso. Llegó á haber allí más de cincuenta hombres muertos al pié de los cañones, estorbando su manejo, y llegó, reducido á escombros el baluarte, á no haber ya un artillero que disparase contra la columna que avanzaba á entrar por aquel boquete. Empero una jóven que lo notó, la célebre Agustina Zaragoza, una de las mujeres del pueblo que andaban por entre los combatientes suministrándoles municiones, alimento y entusiasmo, se lanza á coger de las manos del último artillero moribundo la mecha encendida, y la aplica á un cañón de veinticuatro cargado de metralla: la columna cayó al suelo casi entera, y al ejemplo de la heroína, volvieron llenos de confianza y ardor los que habian abandonado aquel montón de ruinas. Palafox, que habia entrado en Zaragoza la noche anterior y asistía en todas partes á la defensa, premió á la varonil Agustina con una cruz y las insignias de oficial.

En otro ataque que dieron en columna contra aquel baluarte los franceses avanzando al paso de carga á bayoneta calada, Palafox, que lo observaba con el comandante del puesto Marco del Pont, mandó cesar el fuego y retirar los centinelas para inspirarles más confianza hasta que los tuvo á veinte pasos y que los

más valientes trepaban ya por la brecha. Entonces, á la voz de fuego, tal como la hoz del segador corta la mies, hizo caer destrozada toda la columna en la misma formación que llevaba.

Hechos semejantes, de serenidad, de valor é intrepidez, rechazaron de la puerta del Carmen á los que por allí acometieron.

Persuadido entonces Verdier de que para tomar las entradas ó batirlas con ménos quebranto debia hacerlo desde los edificios exteriores, dirigió á ellos sus batallones. Eran dos conventos, uno el de Capuchinos, cercano á la puerta del Carmen, y otro el de San José, situado á la parte opuesta margen del Huerva, próximo al puente que llega á Puerta Quemada. Sin tener los defensores más amparo en este que las paredes, dos horas disputaron su posesión á una columna de cuatrocientos polacos, que aun para tomarlo necesitó ser socorrida. En Capuchinos fué la resistencia furiosa: ya dentro el enemigo, siguieron los españoles haciendo fuego por largo rato en la iglesia, los claustros y las celdas; y cuando se vieron forzados á desalojarlo, le prendieron fuego. Quiso despues el vencedor ocupar también la casa de campo de Atares, entre el convento y la puerta del Carmen: mas para lograrlo fué preciso batirla en brecha.

Así terminaron los combates de aquel espantoso día, quedando á ménos distancia establecidos sitiadores y sitiados. El plan de Verdier, visto lo infructuoso de los ataques parciales, fué circunvalar la población en cuanto lo permitiesen sus fuerzas, constituyendo una línea casi á quemarropa de baterías.

Estas operaciones dieron lugar á una serie de incidentes brillantes, que seria prolijo escribir detalladamente por más que sirvieran para acreditar por sí solos la magnanimidad de los zaragozanos y de los auxilios que recibieron de Cataluña. Sólo referiremos los más notables.

El día 10, viendo á los franceses echar un puente de balsas sobre el Ebro por el punto de San Lamberto, con objeto de hostilizar á la población por esta parte, ó cuando ménos cortar las comunicaciones con el Principado, que le eran tan útiles salió Palafox con una